

Contento y alegría
 Le den: y sea eterna su memoria.
 Al Señor, cuyos ojos soberanos
 Si miran algún día
 Con enojo la tierra, se estremece:
 Cuya divina planta
 Cuando toca á los montes, resplandece
 El fuego, y se levanta
 Humeando la huella y encendida.
 Yo en celebrarlo emplearé mi vida;
 Y mientras goce del vital aliento,
 A mi Dios cantaré benigno y pío
 Al son de mi instrumento.
 ¡Oh, si grato le fuese el canto mio,
 Cual para mí es suave
 Dulcísimo embeleso su hermosura!
 Mueran los pecadores con oscura
 Muerte: no haya en la tierra quien con grave
 Culpa le ofenda, y con maldad impía;
 Y tú al Señor bendice, ánima mia.

Quando absorto en este ú otros éxtasis semejantes de suavísimas melodías, debiera Saul sentir inundar su alma de un goze celeste, cual no puede casi desearse mas sobre la tierra; siéntese súbitamente agitado por el espíritu del mal: anúblase de repente su alma por la furia horrible de la envidia: un frenesí mortal circula por todas sus venas como un veneno: toma por segunda vez la lanza homicida y la arroja desateatado contra el pecho de David con ánimo de traspasarle: mas éste pudo prever un momento la acción, huye el cuerpo, y la lanza queda rechinando clavada en la pared, dejando despedazadas de nuevo las entrañas del que la arrojara. Un vértigo de muerte atormenta horriblemente el pecho del agresor. Ya no era su ódio el arrebatado de un momento

ya no se encerraba en el recinto de su pecho; el furor se habia convertido en una fiebre que le devoraba de continuo. Rompido habia ya todos los diques; la vida de David le es insoportable: envía guardias á su casa para que aseguren su persona durante la noche, y le hagan morir por la mañana del día siguiente. Dichosamente Michol fué informada á tiempo de estas medidas homicidas; y corriendo á David, le dijo: «Huye, esposo mio, pues si esta noche no te pones en salvo, mañana morirás.» No habia mas que una dificultad: las guardias estaban á la puerta de la casa, y era menester burlar su vigilancia. Aprovecháronse pues, las tinieblas de la noche, y valió quiza tambien la seguridad de los enviados, que no sabian que fuese conocida su mision. Michol descolgó á David por una ventana, como lo habia hecho en otro tiempo la cananea de Jericó con los mensajeros de Josué; y pudo así escapar del peligro. Y aun hizo mas Michol: con el fin de darle tiempo para que pudiese retirarse en lugar seguro, apeló á una estratagemma. Preveia que llegarían luego las pesquisas, y puso una estatua ó bultò en la cama del fugitivo, le envolvió la cabeza con una piel de cabra, cubriendo lo restante con la ropa de la cama, á semejanza de un cuerpo humano.

Entre tanto, admirado Saul de la tardanza en hacerle saber la ejecución de su proyecto sanguinario, envió guardias ó arqueros para apoderarse de la persona de David, y se le respondió que estaba enfermo. Furioso con este retardo, y resuelto á no diferir mas el horrendo crimen, despachó segunda vez gentes con orden de traerle á David en su misma cama para verle matar á su presencia.

Pero como Michol pensó haberlo prevenido en su artificio, los cortesanos á su llegada quisieron penetrar hasta David, pero en la cama encontraron solo una estatua que tenia envuelta la cabeza con una piel de cabra. Fácil es deducir de aquí la indignación de Saul: mandó buscar á Michol y le dijo: «¿Cómo así me has burlado, dejando escapar á mi enemigo?» Temió Michol que su ternura á David no bastaria á excusarla á los ojos de su

padre cegado por el odio; y apelando al disimulo respondió que David la habia azorado con esta amenaza: «Déjame huir ó si no te mataré.» Bien fuese por creerlo así, ó por una vuelta natural á la afecion de padre, Saul no llevó mas adelante sus investigaciones. Así permite Dios que la violencia no logre destrozár todo lo que ataca; y no es por cierto el menor de sus castigos esta solemne impotencia contra la cual se estrellan mas de una vez sus mas temerarios esfuerzos.

David habia tomado el camino de Ramatha, á donde el viejo Samuel dejando la vida pública, se habia retirado y pasaba sus últimos dias en medio de un coro de profetas, á quienes enseñaba la ciencia del Eterno, cantando todos juntos alabanzas al Señor. El anciano venerable acogió con el mayor interes al ilustre fugitivo, cuya futura grandeza habia sido el primero en saludar. Refirióle David cuanto le estuvo sucediendo con su implacable suegro, y los dos se fueron despues á Nayoth, en donde moraron por algun tiempo. Mas no estuvo allí libre David de las persecuciones de Saul. Por tres distintas veces envió sus soldados á Nayoth para prender á David, y por tres veces los soldados, poseidos por el espíritu de Dios, y no pudiendo resistir al ascendiente de aquel coro de hombres inspirados, juntaron á ellos su voz para cantar las glorias del Excelso. Ni el mismo Saul en persona, cuando llenó de furor en vista de la inutilidad de sus mensajes, pasó el mismo á Ramatha para apoderarse de su yerno, pudo resistir al poder de aquellos cánticos sublimes, y á la fuerza irresistible de la presencia del Señor en el coro de sus siervos. Despojado de sus vestiduras reales, postrado en tierra, con solo su túnica interior púsose á cantar con los demas delante de Samuel, y quedó como sin fuerzas para ejecutar su designio sangumario. Aunque pervertido el ánimo del monarca de Israel, la fé en el Señor no habia destruido en su pecho todas sus raices, y el sentimiento religioso obró en él con una fuerza irresistible. Tal vez en esta augusta y religiosa asamblea se ejerció el futuro príncipe de Israel para cantar despues sus propias inspiraciones en

aquellos himnos proféticos que quedaron despues para todos los siglos como la voz unánime de las alabanzas divinas. Quizá allí en aquellos conciertos estáticos se templó de celestial melodía el arpa del rey profeta, aquella arpa de la cual pudieron decir despues los hijos de Israel:

«El arpa del rey-profeta, del gefe de los pueblos, del querido del cielo, esta arpa que tú habias santificado, ¡oh música! á quien tu habias dado sonidos sacados de las honduras de tu alma, y que no podias oír sin llorar: ¡redobla ahora tus llantos, sus cuerdas están rotas! Ella ablandia los hombres de corazón de acero: ella les daba virtudes que ellos no tenían: ningun oído era tan insensible, ninguna alma tan fria que no se conmoviese, que no se abrasase á sus acentos; y la arpa de David habia llegado á ser mas poderosa que su trono!

«Ella referia los triunfos de nuestro rey: ella glorificaba nuestro Dios y le llevaba nuestro homenaje, ella hacia resonar de júbilo nuestros valles, los cedros se inclinaban, los montes saltaban de placer: sus sonos subian hasta el cielo y allí tenían su morada. Desde entónces no se la ha oído mas en la tierra; pero á la voz del amor, y de la devocion que es su madre, el alma despiértase aún y despliega sus alas escuchando sonidos que parecen venidos del cielo y mecido por dulcísimos éxtasis que no puede interrumpir la luz del día.»

Los himnos de David son igualmente admirados tanto por la sublimidad y dulzura de expresion, como por la elevacion y pureza del sentimiento religioso. No puede sostener con ellos paralelo la poesía sagrada de ninguna otra nacion y se han inviscerado tan hondamente en la parte mas íntima y mas universal á la vez del sentimiento religioso que, á excepcion de algunos pasajes que son propios de un pueblo guerrero en un siglo ménos civilizado, estos cantos forman el fondo mismo del ritual cristiano. Estos cantares que llenaban de celestes encantos la soledad de las cuevas de Engaddi, que resonaban en la boca de los hebreos en el fondo de los vallados, sobre las colinas, en los bosques de la Judea, han sido repetidos de edad en edad en todas las regiones del

globo, en las islas mas lejanas del Oceano, entre las selvas de la América y en los arenales del Asia. ¡Cuántos corazones han sido por ellos henchidos de dulzura, purificados ó enaltecidos! ¡Cuántas desgracias han encontrado en ellos un consuelo secreto! ¡Sobre cuántas sociedades y pueblos no han atraído la bendicion divina, dando un órgano á su fervor y á su devocion!

No empero se creyó seguro David en el retiro de Nayoth; pues si bien Dios le habia libertado varias veces, por un prodigio, de las manos de su enemigo, la prudencia humana aconsejaba huir del peligro y no hacer abuso de la intervencion sobrenatural del cielo. Huyó, pues, David de Nayoth, cerca de Ramatha, para buscar un refugio mas seguro. Pero quiso ver ántes á Jonatás, y los dos amigos tuvieron una secreta entrevista, en donde el alma del uno y del otro se dilató en mútuas y dulces protestas de amistad y de adhesion. No queria David por prudencia fiarse en las palabras de Saul: con todo Jonatás esperaba poder conseguir una nueva reconciliacion, pero salió tan mal con su intento, que poco le faltó para morir en su infrutuosa tentativa; tan violenta recayó sobre él la indignacion del rey. Convenida con David la señal de cómo debia saber el resultado de su mediacion, aprovechó la ocasion de la fiesta de las calendas, ó entrada de luna, y de hallarse vacía la silla, asiento que correspondia á David. Aquella fiesta duraba dos dias. En el primer dia, nada dijo Saul, pensando tal vez que David no se hallaria en estado de presentarse: pero en el segundo dia preguntó el rey á Jonatás: «¿Por qué no ha venido á comer ni ayer ni hoy el hijo de Isai? Y le respondió Jonatás: «Rogóme en vivas instancias que le dejase ir á Betlehem su patria, á donde es llamado á celebrar un sacrificio solemne con sus hermanos, por cuyo motivo no ha venido á la mesa del rey.» Rompiendo entónces Saul el dique de su furor, no pudo contener entónces el ódio que le devoraba y el horror que le inspiraba la amistad de su hijo con David. «Hijo rebelde, le dijo, ¿piensas acaso que yo ignoro el amor que tienes al hijo de Isai, para confusion tuya ó ignominia de tu envilecida madre? Sá-

bete que miéntras viva el hijo de Isai sobre la tierra, ni tú estarás seguro, ni lo estará tu derecho á la corona de Israel. Así pues, envia por él ahora mismo, y tráemelo acá porque ha de morir.» Mas Jonatás respondió á su padre Saul, diciendo: «Pero ¿por qué ha de morir, qué es lo que ha hecho?» No pudo el furioso príncipe sufrir en boca de su hijo la defensa de su rival; y ciego de furor y sordo á los mas dulces y poderosos sentimientos de la naturaleza, agarró la lanza para atravesar el corazon de su hijo. Levántose Jonatás de la mesa lleno de justa indignacion y furor, y no comió bocado en aquel dia segundo de las calendas, apesadumbrado por la causa de David y por la afrenta recibida de su padre. Así en el negro corazon de Saul todo se convertia en ódio, hasta las mas dulces y puras afecciones: abrasábase ya en la llama voraz de los réprobos, y quiza no hay ejemplo de hombre culpado que haya sufrido en la tierra mayor martirio. La ambicion de dominar se juntaba en él á la envidia de la gloria y de la virtud. ¡El trono! ¡cuán funesto ha sido el amor al trono para las almas bajas y rastreras que de él son indignas! ¡él ha encendido la tea de la discordia entre los miembros de una misma familia: él ha levantado mas de una vez una mano fratricida, ó un brazo parricida; ¡cuántas veces se han salpicado de sangre sus gradas y se ha inundado de lágrimas y de sangre un vasto imperio de la ambicion de reinar, y esta ambicion excitada en los príncipes ha servido de pretexto á mil otras ambiciones de partido para disputarse los miserables despojos de una nacion despedazada!

Dejó, pues, Jonatás el palacio de Saul, y aquella alma grande que no conocia sino los tiernos impulsos de la amistad, sintió por primera vez la aversion natural que inspira la irracional tenacidad de una persecucion injusta contra la inocencia. Hondamente aflijido por el triste destino y próximo alejamiento del amigo á quien amaba como á su propia vida, apenas despuntaron los albores del dia, salió al campo para unirse á David como lo tenian concertado. Conoció éste desde luego lo poco que podia esperar de Saul, por las señales en que habian convenido, y el triste re-

sultado de los esfuerzos de Jonatás. Al salir David de su retiro, le hizo por tres veces una profunda reverencia postrándose hasta el suelo, pues la amistad jamás debe ser en menoscabo del respeto. Abrazáronse despues estrechamente los dos amigos y mezclaron sus lágrimas y sus besos. Las caricias de la amistad son aun mas puras que las del amor, porque son mas desinteresadas: las almas solas son las que se comunican: no esquivan la publicidad, y hasta la aman algunas veces, porque la verdadera amistad es tan brillante como la gloria, jamás teme aparecer como una debilidad; y si busca la sombra alguna vez, no es porque el rubor tenga en donde esconderse, sino porque la amistad huye de los ojos de la venida, y no espera hallar entre los hombres frios ó indiferentes las ardientes simpatías en que se goza y de que necesita. Bástase de otra parte á sí misma; y como todas las grandes pasiones, busca en la soledad su desahogo y sus embelesos.

David, sobre todo, derramó lágrimas mas abundantes en esta despedida cruel, pues le era fuerza dejar, á merced de un ódio implacable, lo que mas amaba en el mundo, Michol y Jonatás. Separáronse, por fin, jurándose de nuevo una fidelidad á toda prueba. Así como el amor crece con los obstáculos, la amistad se acrisola y robustece en los grandes infortunios. Estas dos fuertes expansiones del alma han menester contradicción para aparecer con todo su poder y su brillo: la prosperidad relaja sus lazos, debilita sus goces, enerva sus fuerzas: el placer mismo no es grande sino al lado del dolor. Jonatás volvióse á la ciudad, y David empezó aquella vida errante y siempre amenazada, que debia acabar por tan grande reinado, símbolo ilustre de esos dolorosos combates que, libertando al hombre de la tiranía de los sentidos y mostrándole superior á las dificultades, le elevan á la virtud y á la gloria, cual esas naves que vemos destinadas á hender las llanuras del aire, luchan contra el cable que las detiene; y cuando éste se ha por fin rompido, ceden al movimiento que las empuja en las nubes, y huyen léjos de nuestra vista á regiones inexploradas.

No habiendo, empero, seguridad en los lugares hasta donde se extendia el poder de su perseguidor, pasó huyendo David á tierras de Filistia; pero bien presto se vió obligado á dejar aquel asilo, en donde sus pasadas hazañas le hacian particularmente odioso, y despertaban contra él la mas fatal desconfianza. Volvió, pues, á consejo de un profeta del Señor, á habitar en una cueva cerca de Odollam, pequeña aldea de su tribu. Y como no podia defenderse sin que se hiciera temer, tomó la actitud de un gefe de partido. La tenaz persecucion y las proscripciones injustas producen casi siempre iguales resultados, obligando á hombres tal vez pacíficos ó inofensivos, á buscar su salvacion ó su defensa en bandos ó facciones, y ereando lastimosamente una nueva resistencia al poder, que nunca hubiera existido sin una provocacion voluntaria. Toda la familia de David, envuelta en su desgracia, participó de sus peligros y le ayudó en su resistencia. Reunió ademas bajo sus órdenes una multitud de descontentos, de vagos, y de gentes oprimidas de deudas, elementos comunes de proselitismo, con que puede contar cualquiera que con razon ó sin ella levanta una bandera para resistir á la autoridad pública. Disciplinó, pues, David aquella pandilla que creciendo de dia en dia, no contaba ménos que seiscientos hombres, de carácter resuelto, aguerridos por la rapidez de las marchas y por sus aventureras correrías. Los hombres de la tribu de Gad, sobre todo, eran fuertes y valientes, expertos en las batallas y en el manejo del escudo y de la lanza, osados como leones y ligeros como los gamos de las montañas. Con tales auxilios podia David recorrer á su sabor los diversos puntos de las fronteras del reino para vivir allí á costa de los enemigos de su nacion. Pero demasiado débil para luchar en campo libre contra todo un ejército, huía de asilo en asilo delante de Saul. Desde algun tiempo se habia fijado en la soledad de Ziph, al Mediodía de la tribu de Judá, sobre el camino que conducia de Jerusalem al Sinaí. Aquel desierto estaba rodeado de posiciones muy fuertes, en donde David hacia vivir á sus soldados. El mismo permanecia en el centro de aquella especie de fortificacion, sobre una

altura cubierta de árboles y de malezas, y defendida por un bosque á la parte de Occidente, y allí, en aquel punto casi inaccesible, fué donde llegó á descubrirle por fin la solícita amistad de Jonatás. Salieron, pues, á pasear juntos por el bosque, y tuvieron una conversacion tan llena de ternura como de tristeza. Jonatás, con un afecto ardiente y varonil, alentó el valor de David, expresándole el deseo y la esperanza de verle algun dia sobre el trono: "Nada temas, le dijo, no te alcanzará la mano de Saul para que puedas reinar un dia sobre Israel: yo ocuparé entónces el segundo lugar, y no dudes que mi mismo padre conoce tu destino." Este fué su último adios, pues no debian volverse á encontrar mas sobre la tierra; corazones puros y generosos, llenos de sencillez y de ternura, desinteresados en su mútua afecion, iguales en valor, de una fidelidad á toda prueba, siendo el uno para el otro lo que con tanta razon se tiene por tan raro como dulce, un verdadero amigo.

Informado Saul á su vez del lugar en donde estaba refugiado David, creyó muy fácil encerrarle estrechamente en sus montañas y obligarle á rendirse. Al frente de sus tropas vino él mismo á sitiarse, y en efecto, se hubiera apoderado de él, á no haber sobrevenido la nueva fatal de una invasion de los filisteos, que le llamó prontamente al centro de su reino. Este inesperado acontecimiento salvó á David, el cual huyó hácia la parte del Mar Muerto, y se ocultó en unos peñascos dificilmente accesibles, junto á Engaddi.

Arrojados ya los filisteos de la tierra de Israel, volvió Saul á su tenaz persecucion contra David. Informado del lugar en que éste se hallaba y al frente de tres mil escojidos de Israel, salió en busca de su inocente yerno, sin que lo áspero de un terreno tan solo accesible á cabras montaraces, le arredrara de proseguir sus designios infames y sanguinarios. Para satisfacer una necesidad, entró casualmente en una cueva, en cuyo fondo se hallaba David con sus soldados, los cuales le instaban á que tomase fácil venganza de su enemigo, toda vez que el Señor se lo habia puesto en

sus manos. Levantóse entónces David, y cortó sin ser sentido la orla del manto de Saul. Mas arrepentido al momento de su accion, creyéndola injuriosa á la majestad real, dijo á los suyos: "No permita el Señor que nunca mas haga tal contra mi señor, ni extienda mi mano contra el ungido de Dios." Y pudo apenas con sus palabras contener el ímpetu de los suyos que se echaban sobre el descuidado monarca. ¿Fué tal vez en David pequeñez de alma ó espíritu de servidumbre este respeto constante á la majestad real? Satisfecho con salvar su propia vida, tuvo siempre horror de obrar contra su soberano legítimo, conformando así sus generosos sentimientos con las máximas divinas del Evangelio, tantos siglos ántes que éste viniese á santificar la obediencia y á sancionar el poder.

Salido Saul de la cueva, el corazon de David no tuvo reposo; y despues de haber logrado sin esfuerzo sobre sí mismo una victoria que le daba mas honor que sus conquistas, despreciando todos los peligros y siguiendo solo el impulso de su tierna generosidad, salió tras de Saul dando voces á sus espaldas y diciendo: "¿Rey y Señor mio!" Volvió Saul la cabeza y vió á David profundamente postrado hasta el suelo en señal de reverencia que le decia: "¿Porqué prestas oidos á los que te quieren persuadir que David anda maquinando tu ruina?" Y le manifestó la facilidad que tenia de matarle, mostrándole la orla de su vestido. "¿A quién persigues, rey de Israel? al mas inofensivo de los hombres. Sea juez el Señor entre nosotros, y entre tu causa y la mia." No pudo resistir el rey á los impulsos de la naturaleza, y tanta generosidad triunfó por aquel momento en su corazon. "¿No es esta la voz tuya, exclamó, oh hijo mio David?" Y lanzó al mismo tiempo un grito, y se deshizo en llanto, y protestó no perseguir mas al que habia de ser rey de Israel, recibiendo de éste el juramento de que no extinguiria su descendencia, ni borraría su nombre de la casa de su padre.

Pero David no dejó por esto de volver á ser perseguido por el implacable Saul, el cual le obligó á retirarse hasta la Arabia

Petrea, en el desierto de Faran. Otra vez, en medio de las vicisitudes de aquella vida agitada, tuvo fácil ocasion de matar á Saul con su propia mano. En el cerro de Aquila, junto al desierto de Gabaá, sorprendió David al monarca profundamente dormido en medio de su campamento, sin que nadie le advirtiese y se contentó con llevarse un jarro de agua y una lanza que tenia en su cabecera: y despues, desde lo alto del cerro, increpó en voz alta á Abner, general del ejército, que también dormia, la falta al cumplimiento de su deber en velar sobre la persona del monarca. Reconoció otra vez Saul la voz de David, que con respeto y ternura le increpaba su obstinacion en perseguirle, le mostró la facilidad con que hubiese podido darle la muerte, y recibió de nuevo del inconstante monarca las momentáneas protestas de reconciliacion y de paz. Prefirió David en sus injustas persecuciones perdonar aquella cabeza que el intérprete de Jehová habia señalado con la uncion real y dejar que el cielo mismo escojiese su hora; al paso que rodeaba á su enemigo de muestras de su sumision y de su respeto, contentándose con hacerle increpaciones llenas de una heróica mansedumbre. Esta virtud, cuando va acompañada con el valor, es solo propia de las almas grandes, que se parecen mas á la Divinidad, la cual lo puede todo y perdona. Así lo reconoció el mismo Saul cuando conmovido por tan elevada generosidad, y dando un suspiro mezclado en lágrimas, exclamó: "Tú eres mas justo que yo, porque tú no me has hecho sino bien, y yo no te he vuelto sino mal..... Bendito seas, hijo mio; sin duda ejecutarás grandes empresas, y será grande tu poder."

Oigamos empero por un momento cuál se eleva al cielo la voz de David, en el seno mismo de las angustias de la persecucion. Cuando movido Saul de su generosidad por haberle perdonado la vida en la cueva de Engadí, se retiró y desistió por algun tiempo de perseguirle, el jóven profeta daba gracias á Dios y le pedia socorro para los nuevos peligros que prevenia.

Tu compasion ahora,
Tu compasion, oh Dios, el alma mia

Necesitada implora:
Y en su triste porfia
Tú la consolarás, pues en tí fia:
En tí que la regalas
Con el suave y generoso manto
Y abrigo de tus alas,
Do reposará, en tanto
Que pasa la maldad que le dá espanto.

Desde allí guarecido
Clamaré á Dios altísimo en mis males,
De quien he recibido
Tantas y celestiales
Gracias y beneficios inmortales.

El me envió del cielo
Su auxilio y me salvó de la tormenta,
Y para mas consuelo
Volver hizo mi afrenta
En oprobio del mismo que la intenta.

En triste leonera
De feroces cachorros rodeado,
Viéndome por do quiera
Estrecho y encerrado,
Sin sociego dormia y asustado.

Mas fieros que leones
Hombres, hijos de hombres, me cercaban,
Que saetas y arpones
Por dientes me mostraban,
Y puñales por lenguas afilaban.

Pero bajó del cielo
La infalible verdad, que Dios envía
Con generoso vuelo,
Y su elemencia pía,
Y hallóse luego salva el alma mia.

Las celestes esferas